una vida luminosa

por I. Flores de lemus

UNA VIDA LUMINOSA

por

ISABEL FLORES DE LEMUS

Cruz "Pro Ecclesia et Pontifice"

Ilustraciones de

MARIA ROSA GARCIA

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-SEVILLA

ISBN: 84-7770-019-2
D.L.: Gr. 98-99

Con licencia eclesiástica
Imprime: Azahara SL

ESTAMOS en Nueva York. Pero no ahora, sino en el año 1780. El sol se está ocultando, y el cielo se pone maravillosamente hermoso con ráfagas doradas, violadas y rojas sobre el fondo azul.

Dos niñas, de seis años, están asomadas a una ventana. Una de ellas dice: "Mira, Emma, Dios vive allí, en el cielo; y los niños buenos irán también con El, al cielo. Por eso no he llorado mucho cuando mi hermanita Kitty se ha muerto, porque ha ido al cielo con mamá. Yo también quisiera poder ir al cielo. Escucha, Emma, las hojitas cuando las mueve el aire, las flores, la sombra de las nubes, todo me recuerda el cielo, porque allí están Dios, mamá y Kitty."

LA niña que así habla es Isabel Ana Bayley Charlton, hija de Ricardo Bayley, Inspector de Sanidad del Puerto de Nueva York, y Profesor de Anatomía en la Universidad de Columbia.

Tenía Isabel tres años cuando ha muerto su mamá y, al año siguiente, murió Kitty, la hermanita pequeña. Ahora Isabel vive sola con su papá, a quien quiere con delirio. Al estallar la guerra de la Independencia de los Estados Unidos, que dura siete años, Isabel sufre mucho porque su papá, que es médico, tiene que estar en puestos de peligro en los frentes.

POR cierto que un día, otro médico, compañero del papá de Isabel, viene a buscarle para que le ayude en una operación difícil y peligrosa. El doctor Bayley, agobiado por el cansancio y las ocupaciones, dice que no le es posible ir. Entonces, el compañero insiste, diciendo: "Esta gente va a tener una enorme decepción con vuestra negativa. ¡Son tan desgraciados y tan pobres!"

–¿Son pobres?– exclama el doctor Bayley, levantándose–. ¿Son pobres? ¿Y por qué no me lo habéis dicho al principio? Partamos, querido amigo, vayamos, os sigo.

No es de extrañar que con este ejemplo de su padre, Isabel sienta, desde muy pequeña, mucho amor por los necesitados, y tenga una sensibilidad exquisita para el bien.

Así, un día, durante una temporada que Isabel pasa con un tío suyo, en La Rochelle, mientras juega con otras niñas, encuentran un nido. Las amiguitas cogen los huevecillos, sin darse cuenta de que unos polluelos han caído al suelo. Isabel los recoge con mucho cuidado y, al ver que las otras niñas van a desprender el nido, grita:

—¡No hagáis eso! ¿No véis que la mamá pajarita vendrá saltando de rama en rama para darles la comida, y se va a encontrar sin los hijitos y sin casa?

Pero como las otras niñas no le hacen caso, Isabel pone los pajarillos sobre una hoja, y no vuelve más a jugar con aquellas niñas

EN 1788, cuando Isabel tiene catorce años, su padre se vuelve a casar. Carlota Amelia Barclay es para Isabel una segunda madre. Nacen siete hermanitos más.

Isabel es pequeña de estatura, tiene facciones delicadas, ojos negros de mirada dulce, frente despejada, inteligencia clara, y como tiene un carácter abierto y franco, y una belleza sin afectación, todo el que la conoce la quiere.

Entre sus muchos y buenos amigos está Guillermo Magee Seton, que acaba de llegar de Europa, donde ha estado ampliando estudios.

Ahora, al regresar a América, se enamora de Isabel, y se casa con ella, el 25 de enero de 1794. El tiene 26 años. Ella, 19.

Dios les concede cinco hijos: Ana María, Guillermo, Ricardo, Catalina y Rebeca.

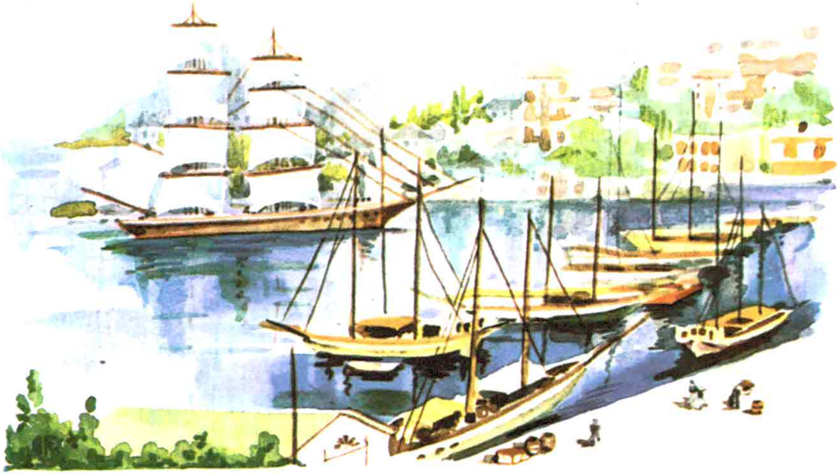
GUILLERMO Seton trabaja con su padre, importante hombre de negocios navieros. La empresa marcha floreciente hasta el momento en que estalla la Revolución francesa, en 1793. Entonces comienza la captura de barcos norteamericanos, entre ellos los de la empresa Seton. Durante cinco años el negocio decae peligrosamente. En 1798, el padre de Guillermo muere de repente, y se queda el hijo al frente de una empresa casi arruinada y con el cuidado de sus doce hermanos, además del de su mujer e hijos. Mientras tanto, los barcos que llegan a Nueva York sólo le traen malas noticias: la captura de sus barcos y mercancías, y el secuestro de su capital en Europa.

Al lado de Guillermo, Isabel, humilde, discreta, inteligente rabajadora, ayuda a su marido no sólo a examinar las cartas marinas, a las combinaciones y a los cálculos, sino también a hacer del sufrimiento un mérito.

LA salud de Guillermo Seton, ya muy resentida desde hace varios meses, empeora con tanto disgusto. Los médicos aconsejan una estancia en Italia, por ser el clima más benigno. Los familiares de Guillermo no quieren que se vaya tan lejos. Tampoco Isabel. Pero Guillermo, ante la esperanza de curar, apoya a los médicos.

Y comienza una cadena de sufrimientos. Han de vender muchas cosas, porque su fortuna se ha hundido con la guerra. Además, han de dejarse a los cuatro hijos pequeños, porque no se atreven a someterlos a un viaje tan largo, tan penoso y de final tan incierto. Sólo irá con ellos Ana María, la mayor, que ahora tiene ocho años.

El día 2 de octubre de 1803, en el bergantín *Shepherdess,* embarcan con dirección a Liorna. Piensan hospedarse en casa de los amigos Filicchi, donde Guillermo estuvo algún tiempo durante su estancia en Europa.



DESPUÉS de siete semanas de navegación, en la tarde del día 18 de noviembre, el velero llega al muelle de Liorna, al tiempo que todas las campanas de la ciudad tocan el *Angelus.*

Isabel no ve el momento de desembarcar, porque su marido cada día está peor. Pero, a la mañana siguiente, les anuncian que no pueden entrar en la ciudad, porque como en Nueva York había epidemia de fiebre amarilla, deberán resignarse a quedarse en el lazareto de San Jacobo, durante treinta días, hasta que pase el peligro de contagio. En este lugar frío y sin ninguna comodidad, Guillermo, tan necesitado de grandes cuidados, se agrava. Por fin salen de esta tortura, pero, ocho días después, Guillermo muere.

Los hermanos Antonio y Felipe Filicchi, tan amigos de Guillermo, se han portado durante este tiempo como verdaderos hermanos. Ahora acogen en su casa a Isabel y a la niña, como si fueran familia propia.

Así lo escribe Isabel a su cuñada: "Los Filicchi hacen cuanto pueden y más, por dulcificar nuestra situación, y todo les parece poco para nosotras. Verdaderamente desde que dejamos nuestro país sólo hemos encontrado bondad y atenciones. Tanto, que Ana María me dice: "Mamá, ¡cuántos amigos nos ha deparado Dios en esta tierra extranjera!" Realmente me conmueve su ternura y su cariño."

AHORA, los Filicchi han de marchar a Florencia. Tenían que haber ido antes, pero, por no dejar a Isabel y a la niña en aquellos momentos tan tristes, han retrasado el viaje, y se las llevan con ellos.

Por primera vez entra Isabel en un templo católico, porque ella, como toda su familia, es protestante. Recibe una impresión enorme. Lo cuenta en una carta: "Olvidando la presencia de cuanto me rodeaba, caí de rodillas. Lloré al pensar todo el tiempo que había estado lejos de la casa del Señor. No tengo necesidad de decir con cuánto fervor recé. Porque aquí está Dios realmente presente."

Isabel se siente invadida por las verdades resplandecientes de la Iglesia católica.

DESPUÉS de la estancia en Florencia, Isabel vuelve a Liorna con sus amigos, que son un ejemplo estupendo de fe, de piedad, de caridad para todos.

Isabel, cada día más cerca de la Religión católica, pide a sus amigos que la instruyan. Estos le ofrecen libros para que pueda estudiar, le aclaran sus dudas y, además, rezan mucho por ella.

Isabel también pide mucho a Dios, no sólo la serenidad del alma, sino también la luz para ver el verdadero camino que conduce a El. Ella sabe que la gracia divina no ha sido nunca negada a quien la pide con corazón humilde y sincero, y la implora con la firme confianza de ser oída, y reza: "¡Dios mío y Padre mío! Vuestra palabra es tan cierta que no sufre contradicción: una fe, una esperanza, un bautismo. Esto es lo que necesito y lo que deseo."

ASÍ la conversión de Isabel va segura y lenta. Segura, porque Jesús Sacramentado la atrae invenciblemente a Sí y a su Iglesia. Lenta, porque los Filicchi no quieren precipitar nada, dejando a la gracia de Dios el tiempo de obrar sus maravillas.

Isabel escribe a su cuñada: "Hermana mía queridísima: ¡Qué felices seríamos si creyéramos lo que estas almas creen! Ellos tienen la fe en su Dios en el Sacramento, lo encuentran en sus iglesias; lo ven venir a ellos cuando están enfermos. ¡Oh, me imagino que no puede haber ya penas en este mundo cuando se cree lo que los católicos creen!".

ISABEL escribe a su cuñada Rebeca: "¡Qué alegría! ¡Qué alegría! ¡Ya nos vamos! ¡Imaginad la bondad del señor Filicchi! Como el capitán del barco es muy joven, y no nos conoce, y en el viaje podemos estar expuestas a mil peligros a causa de los piratas y de los cruceros enemigos, el señor Filicchi nos acompañará. Ana está loquita de contenta, pero me pregunta: "Mamá, ¿volveremos nosotras a una iglesia como ésta cuando estemos en nuestro país?"

Claro es que a la alegría de volver a encontrarse con los suyos se une la pena de separarse de amigos, tan amigos, como los que aquí deja. Dice Isabel: "Porque cuando más cerca está un alma de Dios, más crece el cariño por los seres creados por El, y especialmente por aquellos cuyos lazos más queridos nos crean un deber de amar".

Al despedirse de Felipe Filicchi, le dice: "Dios os bendiga siempre, y os sea dado brillar como los astros, en recompensa de cuanto habéis hecho por mi".

DURANTE los cincuenta y seis días que dura la travesía, la nave es detenida dos veces por la escuadra inglesa, que bloquea los puertos de Francia. Pero como no descubre ningún contrabando, la dejan seguir.

Isabel, tan sensible siempre a los encantos de la Naturaleza, se entusiasma con la hermosura del aparecer del sol desparramando sus rayos sobre el azul del mar, y se emociona cuando el astro, antes de ocultarse, como una despedida, cubre el cielo de rojo y de oro. Y esta contemplación de la belleza creada por Dios le sugiere muchas inspiraciones buenas, favorece su oración y su unión con Dios; y las frecuentes conversaciones con Antonio Filicchi, sirven de corona a sus lecturas. Todo ello la confirma en su resolución de abrazar en seguida, públicamente, la religión católica.

LA nave arriba a Nueva York el 4 de junio. En el puerto esperan a Isabel sus cuatro niños, y los otros miembros de la familia. Isabel dice:

–Ahora es cierto, cierto que estrecho contra mi corazón a mis hijitos queridísimos. Dios me ha dejado entero mi tesoro, también a mi chiquitina, verdadero ángel del cielo. No tienen padre, me digo. Pero dentro de mí, una voz, la de Dios, me responde: "Yo soy el Padre de los huérfanos, y la ayuda de los que no la tienen."

Isabel, dispuesta a cualquier sacrificio, porque sabe que nada debe interponerse entre la conciencia recta y Dios, abraza públicamente la religión católica, el día 14 de marzo de 1805. El día 20 se confiesa por vez primera, y recibe la Primera Comunión el día de la Anunciación de la Virgen, 25 de marzo. Llena de alegría, exclama:

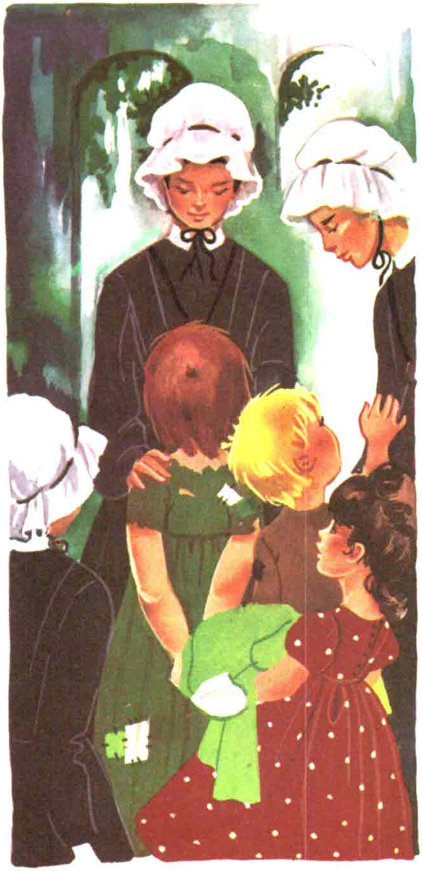
"¡Al fin Dios es mío y yo soy suya!".

AHORA, valiente, sin descorazonarse, Isabel va a enfrentarse con muchas dificultades. Porque, tras el naufragio de su fortuna, lo único que le queda es la gran cultura que ha recibido. ¡Cómo se alegra ahora de haber aprovechado los tiempos del colegio¡ Así pues, va a poner en movimiento esta cultura que ahora le va a ayudar a sostener a sus hijos.

Y resuelve abrir una escuela en los suburbios de la capital neoyorquina. Mas diversos obstáculos se oponen, y la escuela se cierra. ¿Qué hacer?

Pero un día llega a Nueva York el Padre Du Bourg, Rector del Seminario de Santa María, de Baltimore, y enterado de lo que le sucede a Isabel, la anima para que vaya allí y abra una escuela.

Y, en efecto, a bordo del *Gran Sachem*, acompañada de sus hijos Isabel Seton llega a Baltimore, donde abre una escuela para niñas. Y Dios bendice la Obra. Pronto la casa resulta pequeña para tantas alumnas como desean asistir.



Los directores de Isabel ven que la Providencia de Dios la tiene destinada para fundar un Instituto religioso para la educación de niñas y jovencitas. Pero ella como tiene la responsabilidad de sus hijos, piensa que esto no se puede realizar, ya que su primer deber son ellos, los hijos.

Pero el Padre Du Bourg no ve inconveniente alguno en que los niños sigan bajo la tutela y el cuidado de su madre, aunque la señora Seton funde la Congregación religiosa.

Ya con el problema resuelto, el 1.º de junio de 1809, fiesta del Corpus Christi, Isabel Seton y las primeras elegidas toman el hábito. Así se fundan las Hermanas de la Caridad de San José, bajo cuya advocación ha querido poner Isabel a sus hijas en Religión. Más tarde, se unirán a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl.

ISABEL, que ha elegido el servicio de los pobres como norte de su vida, aprovecha todas las ocasiones para inspirar a sus alumnas el amor que ella tiene a los que sufren.

Una tarde de crudo invierno, al volver de la iglesia, pasa delante de una chabola, donde encuentra cinco niños medio desnudos y hambrientos. Les da lo que lleva. Pero, no contenta con este primer socorro, al día siguiente, muy de mañana, entra en la sala de estudio de las alumnas, y con los ojos llenos de lágrimas, les describe la miseria de aquellos niñitos. Todas las niñas ofrecen telas y dinero. Y toman la aguja con tanto afán que, antes de llegar la noche, madre Seton vuelve a la chabola, esta vez acompañada por las alumnas, lavan a los chiquillos, los visten, y proveen a las primeras necesidades de los padres.

Al volver a San José, la Madre felicita a las niñas por la parte que, con tanta caridad, han tomado en el alivio de aquellos pobres de Dios, y termina diciéndoles: "Hijitas mías, ¡qué dulces van a ser vuestros sueños esta noche!"

ANA María, la mayor de las hijas de Isabel, entra también religiosa. Y enferma gravemente al poco tiempo. Madre Seton llora a escondidas, pero una de las veces, Ana María se da cuenta, y dice: "Mamá, ¿es posible que llores por mí? Deberías alegrarte. Total el tiempo pasa pronto, y después estaremos unidas para siempre. Sonríeme, mamá... Jesús..." Son sus últimas palabras. Tenía 17 años.

En este mismo año, que es el de 1812, Rebeca, la más pequeña de las hijas de Isabel, se escurre en el hielo, se hiere, se le infecta la herida y se le declara una septicemia. Cuatro años de terribles dolores. La niña pregunta: "Mamá, ¿puedo pedir a Nuestro Señor un poco de alivio? ¿crees que se enfadará Dios?".

–No, hija mía. El Señor no se enfada por eso; puedes ped el alivio; pero, entrégate enteramente en las manos de Dios. D hija mía: Dios mío, que se haga tu voluntad.

La niña responde: "Lo digo, mamá, lo digo. ¡Oh, claro que quiero que su voluntad se cumpla." Y muere a los diez años de

LA mejor defensa que se puede hacer para demostrar que la religión católica es la verdadera es la vida santa de los que la siguen. Y como el ejemplo de Isabel es tan luminoso, esta luz de su vida muestra a sus dos cuñadas el camino de la religión católica. Enriqueta y Cecilia Seton abrazan nuestra santa religión.

Madre Seton trabaja durante doce años sin cesar. Funda las primeras escuelas parroquiales católicas gratuitas en los Estados Unidos. Y el primer orfelinato católico de Filadelfia. Y se levanta, en Baltimore, el primer hospital católico, que funda la Madre Seton.

Y en medio de este trabajo abrumador, Isabel todavía encuentra tiempo para escribir cartas, su diario y otros documentos, además de la traducción del francés de muchos libros, que forman trece volúmenes.

Y como Madre Seton ha sufrido mucho y ha trabajado mucho, aún cuando sólo tiene cuarenta y seis años, está extenuada, y siente que va a morir. De todos sus hijos, sólo Catalina está a la cabecera de su madre. Más tarde será Religiosa Mercedaria. Guillermo, el mayor, es oficial de la Marina de los Estados Unidos; Ricardo está en Liorna, porque es consocio de los Filicchi.

En sus últimos días Madre Seton habla continuamente de la felicidad de morir en el seno de la Iglesia Católica. Y añade: "¡Cuán pocos aprecian tal favor!" Una de las religiosas le pregunta cuál es la mayor gracia que ha recibido en su vida. Sin dudar un instante, contesta: "La mayor gracia que he obtenido en mi vida ha sido la de entrar en la Iglesia Católica."

MADRE Seton se ha enterado de que una de sus alumnas, que va a emprender un largo viaje, quiere despedirse de ella, y, a pesar de estar tan grave, la recibe con mucho amor. La niña, al marcharse, se arrodilla, y pide la bendición.

—Que Dios te bendiga, hija queridísima —le dice la Madre Isabel—. No olvides la recomendación última de la Madre Seton: Busca a Dios en todo. Vive siempre en la presencia de Dios, y conserva la gracia de tu Primera Comunión.

Madre Seton va a morir. Su voz se debilita por momentos, pero aún la oyen sus Religiosas decir:

—Os agradezco, hermanas mías, que hayáis querido estar presentes en esta prueba. ¡Sed hijas de la Iglesia, sed hijitas de la Iglesia!

Y el 4 de enero de 1821, a las dos de mañana, Isabel Ana Seton entra en la gloria del Señor.

EL día 17 de marzo de 1963, la basílica de San Pedro del Vaticano esplende de luces. Y parece que Norteamérica se ha trasladado a Roma. El hermosísimo templo está lleno de compatriotas de Isabel Ana Seton, que exultan de alegría.

También las campanas están contentas y repican y danzan en los campanarios de la basílica que cobija las reliquias del Primer Papa. ¿Por qué toda esta alegría? Porque Su Santidad Juan XXIII, en este día, beatifica a la Madre Seton, que es la primera norteamericana que sube oficialmente a los altares.

Isabel Ana Seton, primera flor de santidad de los Estados Unidos de Norteamérica, gloria de la Iglesia católica, es un ejemplo para todos. Su vida ha sido una vida luminosa.

9 788477 700197